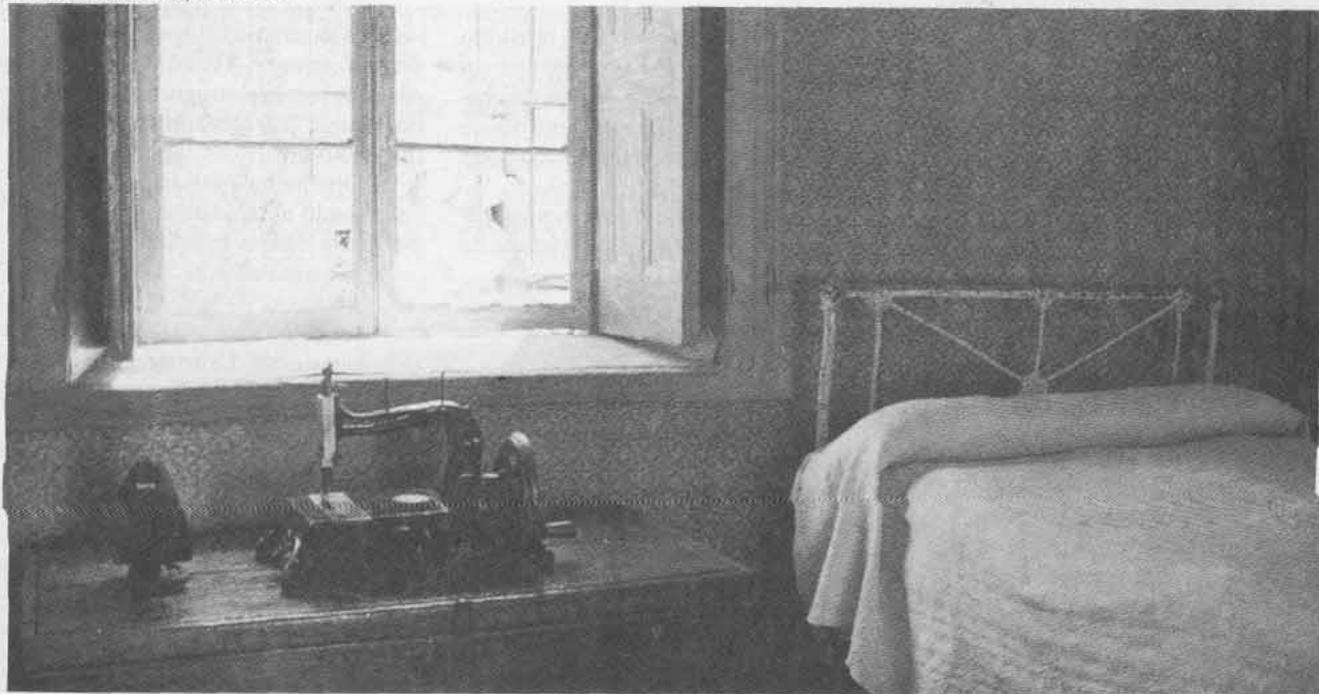


Perfil de la poetisa

“PLEGARIA POR EL NIDO”

La casa de Gabriela, en Vicuña



Tomás Harris

Gabriela Mistral, tras ese rostro duro, amargo, sonrisa casi impenetrable —que recuerda tanto al rostro de César Vallejo (tal vez porque ella, también, escuchó a lo largo de su dolorosa vida las crepitaciones de muchos panes que en la puerta del horno se le quemaron)—, tuvo tantos otros rostros, con los que configuró su poesía y los que la configuran desde su poesía.

“ASI ERA CUANDO NACÍ”

“Así era cuando nací / y es a mi tarde sesgada / y desabido cuento / como quien dice charada”: niña melancólica, hurañña como los grillos oscuros en el día, como los lagartos que para alcanzar aquel brillo verde deben beber y beber del sol.

Su nacimiento fue una de esas ínfi-

mas épicas, de esos viajes de parto por parajes abruptos, desolados: montañas, sobre todo, cerros y montañas. Su padre, Jerónimo Godoy, que también “hacía versos”, era profesor de escuela en el pueblo de La Unión, donde había sólo una “meica”, y por el ruego de su madre hubo de ser trasladada a caballo a Vicu-

“Llegué a la casa de mi tía, donde me alojaba, con la cabeza llena de sangre, y mi hermana tuvo que venir a buscarme y llevarme con ella a Diaguita”.

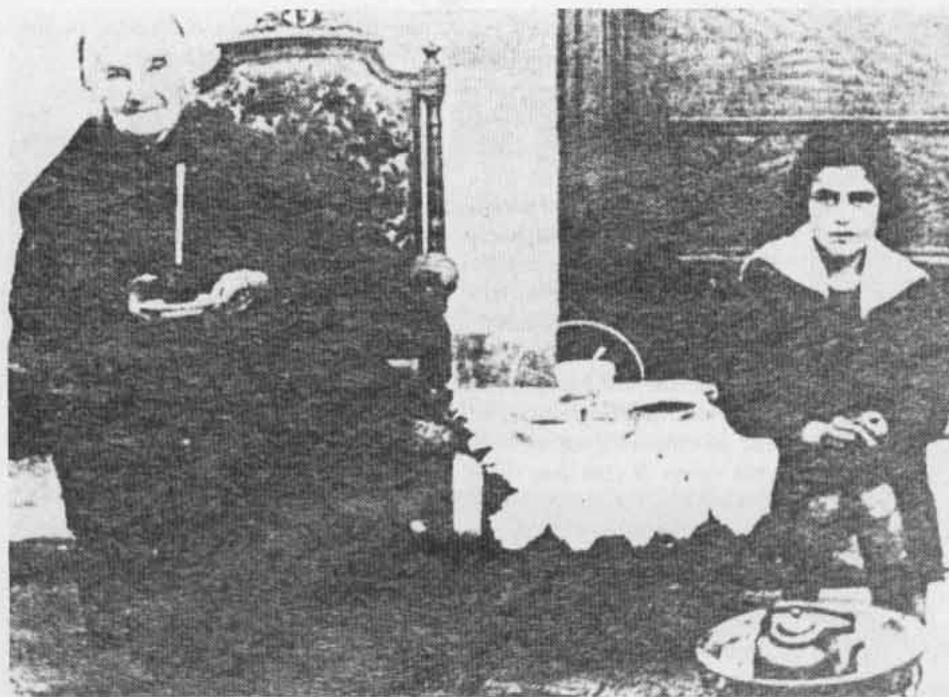
ña, donde nació, “por accidente”, el 7 de abril de 1889.

Un viaje a caballo por escarpados montes bordeando valles; lagartos ver-

des, con los que ella se comparaba, quienes para tener ese color debían ser bebedores de sol: una ínfima épica, como la de José y María en Burro, porque la niña Lucila debía vivir. Después regresó a Monte Grande, ahora convertido en su tumba vital: “Mi infancia, casi toda en la aldea llamada Monte Grande. Me co-

nozco sus cerros uno por uno —uno de ellos hoy lleva su nombre—. Fui dichosa hasta que salí de Monte Grande; y ya no lo fui nunca más”. En su testamento pidió regresar: “Es mi voluntad que mi cuerpo sea enterrado en mi amado pueblo de Monte Grande, Valle de Elqui, Chile”.

LAS RAZONES DE LA INFELICIDAD Lucila fue llevada a Vicuña, para que hiciera sus estudios. La directora de la escuela, con-



Gabriela y su abuela materna

Yin-Yin no sólo formaba parte de su vida, sino que era su vida misma.

Petronila Alcayaga, la madre

siderada "una santa", había sido maestra de su hermana Emelina y, además, era su madrina. Emelina había encargado a Lucila al visitador de la escuela, don Bernardo Araya, quien gustaba de los niños, les regalaba lápices, papel. Ella fue encargada de la repartición del papel; pero como era tímida y retraída, la audacia de sus compañeras hizo que el papel se terminara a mitad del año. Entonces la directora, esa "mujer santa", dio una lección contra el robo, mirando sin decir palabra, fijamente, a Lucila.

¿QUIEN ARROJO LA PRIMERA PIEDRA?

"Después, afuera, me esperaban las otras muchachas con los delantales llenos de piedras, que lanzaron contra mí. Llegué a la casa de mi tía, donde me alojaba, con la cabeza llena de sangre, y mi hermana tuvo que venir a buscarme y llevarme con ella a Diaguíta"...

Gabriela, formada literariamente en la tendencia modernista, tal vez nunca llegaría a escribir "Dichoso el árbol que es apenas sensitivo", como Darío, o "Yo nací un día en que Dios estuvo enfermo, grave", como Vallejo, pero el recuerdo de la felicidad infantil, de esa dicha irrecuperable trastocada tan violentamente en desolación, marca su vida y obra a través de espirales de acontecimientos

que la conducen al dolor. Teresa Figueroa fue otra figura nefasta en su vida; directora de la Normal de La Serena, después de haberla admitido, la expulsó del colegio por un motivo casi inquisitorial.

Así lo narra Gabriela: "Resulta que por aquel tiempo yo leía libros que me prestaba un curioso hombre que yo conocía, don Bernardo Ossandón, un astrónomo que me había hecho leer a Flammarión, y yo había escrito un artículo que decía que 'la naturaleza era Dios' ". Esta niña es naturista, dijo el inquisidor de la "Normal", y la niña, que ni siquiera sabía el significado de la palabra, fue expulsada de "la Normal".

Gabriela hubiese querido ser "la mujer fuerte de la Biblia", una de aquellas "Locas mujeres", que, como Antígona, Electra y La Trocada, con todos los que





Yin - Yin, el sobrino

en la Legión Extranjera y entregó al niño de sólo meses a Gabriela.

Para Gabriela, Yin-Yin no sólo formaba parte de su vida, sino que era su vida misma; en él empezaba la vida personal que no tenía hacía tanto tiempo: "Nunca la poesía fue algo tan fuerte para que me reemplace a este niño".

La muerte de Yin-Yin —dijeron que fue suicidio— es como toda muerte de un joven que se empecina en vivir la vida como él cree que debe vivirse; era uno de los pocos estudiantes blancos de un colegio de Petrópolis, por lo cual era hostilizado. Pero Yin-Yin no quiso dejarlo, insistió en terminar su Bachillerato en Latín, a pesar de los ruegos de Gabriela: "Una noche me lo trajeron muerto. Dijeron que era suicidio. Pero yo supe que lo mató la banda, porque no podían perdonarle que él poseyera lo que ellos no te-

que había obtenido el Premio Nobel: "¿Para qué lo quiero ahora?"

EL DESTIERRO NO ES UN PREMIO

En junio en 1922, invitada a México por José Vasconcelos, comienza su largo, angustioso y desolado peregrinar por el mundo, lejos, muy lejos de Monte Grande: entre 1930 y 1931 viaja por Estados Unidos, las Antillas y Centroamérica; también está su consulado en Madrid y su obligada salida a Lisboa, por presiones diplomáticas en 1936; por breve tiempo volvió a Chile en 1938. Continuó por Brasil, Petrópolis, California, Santa Bárbara, Veracruz. En Rapallo recibe lo que pareció un triste chiste: el Premio Nacional, la charada, como ella lo habría dicho. En 1953 es cónsul de Chile en Nueva York y en 1954, durante el gobierno de Carlos Ibáñez del Campo, el mismo año de la publicación de *Lagar*, vuelve a Chile, en medio del clamor popular.

Ya había sido merecedora del Nobel por "aquel lirismo inspirado por un vigoroso sentimiento, símbolo del idealismo del hombre latinoamericano".

El 15 de noviembre fue el anuncio oficial de la Academia Sueca. Pero lo que en Estocolmo no dijeron fue que "el símbolo del idealismo del mundo latinoamericano" era una gran metáfora del dolor, de aquellas interrogantes que aún no logramos responder, desde el terrible exilio de nuestros más valiosos poetas, hasta el suicidio de los mismos:

"¿Cómo quedan, Señor, durmiendo los suicidas? / ¿Un cuajo entre la boca, las dos sienas vaciadas, / las lunas de los ojos / albas y ennegrecidas, / hacia un ancla invisible las manos / orientadas?..."

Tal vez el real destierro de Gabriela fue cuando dejó Monte Grande, el único lugar donde dijo ser dichosa, "y ya no lo fui nunca más". Este prolongado exilio terminó sólo con su muerte, una madrugada del 10 de enero en el Hospital de General Hampstead, en Nueva York. A ella la mató la soledad, allá lejos, extraña entre creaturas extrañas, que jamás comprendió: "La tierra de América y la gente mía, viva o muerta, se me han vuelto un cortejo melancólico pero muy fiel, que más que envolverme, me forra y me oprime y rara vez me deja ver el paisaje y la gente extranjeros". •

amó y se relacionó, a pesar —por él mismo— del sino trágico que marcó estas relaciones, ser con ellos —o ellas— "dos siempre, dos, como manos cogidas o los pies corredores de la tórtola huida".

ARBOLES CAIDOS

Sus principales amores: Romelio Ureta, un hombre feo, vulgar, pobre, que partió al norte a buscar trabajo en las minas, para hacer dinero y casarse con ella. Preparó su suicidio, vestido de frac, con una postal de ella en el bolsillo; Manuel Magallanes Moure, esa fuente límpida y transparente, pero tantálica; y, más que nadie, tal vez, Yin-Yin: Miguel Godoy Mendoza, que según Gabriela era hijo de Carlos Miguel Godoy, su medio hermano, hijo de su padre y una joven española, Marta Mendoza. Así, la mujer que quería ser "la más fuerte de la Biblia", debió continuar avanzando por las texturas inextricables de la Tragedia: al morir la madre del niño, poco después de su nacimiento, Carlos Miguel Godoy decidió enrolarse



Sandino, el héroe

nían. Fue así como me quitaron lo único que me quedaba en la vida".

Lo demás es sólo conjetura: no importa el origen del amor tanto como el dolor de su pérdida, ese dolor extremo que la hizo decir cuando le comunicaron